

TORRES VILLARROEL Y LARRA SATÍRICOS AFINES

*Luis Lorenzo - Rivero **

Los elementos básicos de los **Sueños morales** de Diego Torres Villarroel se vinculan con una ideología plenamente situada en la vida intelectual de España. Sus **Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte**, publicados en tres partes separadas en 1727-1728, y su **Barca de Aqueronte**, escrita entre 1729 y 1731 pero publicada en 1743, critican la sociedad española de su tiempo. Muerta María Luisa, Felipe V se casó con Isabel de Farnesio, quien pronto dominó a su esposo y contrarrestó la influencia francesa en España. La caída de Orry, reemplazado por el abate Alberoni, ha marcado el comienzo de la política italiana, encaminada al rescate de los estados italianos perdidos en la Guerra de Sucesión. Esta paradójica acción implicaba más guerra, más miseria y mayor retraso para el país. La abdicación de Felipe V, en enero de 1724, en Luis I no cambió nada, porque sus padres siguieron manejando la política. Además, con la muerte del joven monarca en agosto del mismo año, Felipe volvió a ser el rey. La verdadera gobernadora, sin embargo, era su esposa, debido a la melancolía y a los periodos de verdadera locura que sufría el rey. La subida de Felipe V al trono español había supuesto la concentración del poder absoluto en la persona del monarca. Desde ese momento, el gobierno actuaría en defensa de los intereses de la nación, pero sin contar para nada con el pueblo.

Torres Villarroel resulta un individuo excéntrico en una época peculiar de la historia de España, que contaba con una sociedad de una mentalidad feudal aún. Numerosos críticos de prestigio han establecido sus relaciones con Quevedo y otros escritores de siglo anterior, entre los que se destacan William C. Atkinson, I.L. McClelland y especialmente Russel P. Sebold, que es quien más se destaca en el estudio de su obra. Consideran, más que nada, a Quevedo su modelo en estilo y temática. Este estudio no rechaza esas relaciones de Torres con el pasado tan sólidamente alegadas por dichos peritos, al contrario. Aquí se trata una faceta diferente, se con-

sidera su sátira social como precedente de algunos de los mejores satíricos del futuro. Concretamente, se presentan ciertos vínculos y similitudes de la condena social del periodismo larriano con la Torres, según se ve en la edición corregida y aumentada de sus *Sueños morales* de 1796. Se deben, sobre todo, a la coincidencia de circunstancias socio-políticas, a cierta semejanza de actitud y de perspectiva, y a que ambos son eslabones de esa cadena satírica hispánica que arranca de Quevedo e incluye a Goya, a Galdós, a Unamuno, a Valle-Inclán y más. Los *Sueños* de Torres, a la luz de esta perspectiva, se deben considerar en la actualidad la expresión de la sociedad española de su época y la de sus circunstancias, ya que exhiben el grado de desarrollo y cultura de su país. Otro tanto cabe decidir de los escritos periodísticos de Larra, sin que esto afecte en nada su originalidad e independencia. Torres fue uno de los dieciocho hijos de un librero de Salamanca, cuya niñez transcurrió en momentos que las tropas francesas ocupaban el suelo español y Larra nació en Madrid en la época que los ejércitos de Napoleón sujetaban el territorio nacional.

Desde comienzos del siglo XVIII, Madrid venía siendo un cuadro de hambre y mesería casi perennes, así como de infinidad de abusos de toda especie. De ahí que Torres utilizó sus calles, que le simbolizaban toda la sociedad española, como puntos de observación para sus críticas en sus *Visiones y visitas*, según se colige del prólogo: "Con Don Francisco de Quevedo me sacó mi fantasía por esa Corte a ver los disfraces de este siglo, juntos hemos notado la alteración de su tiempo al que hoy gozamos"¹ Se trata, por lo tanto, de productos de su imaginación, ensoñaciones de la realidad, no de una descripción colorista de la sociedad, que según ya ha afirmado acertadamente R. Sebold, "poseen cierta credibilidad de orden superior a la de lo efectivamente visto."² Algo muy semejante acontece en el caso de Larra, que casi una centuria exacta después de esta obra de Torres comenzó sus sátiras en *El Duende Satírico* bajo similares circunstancias. Las viviendas, los cafés, las fondas, las calles desiertas o llenas de seres casi esperpénticos de Madrid fueron también los observatorios de sus ensoñaciones de la realidad: "Los filósofos saben mejor que nadie, según dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginación débil y acalorada del hombre a las visiones nocturnas y aéreas, que vienen a tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados aletargados por Morfeo" (I, 144). El concepto de estas frases larrianas, lo mismo que el de las anteriores de las *Visiones y visitas*, recuerda el expresionismo goyesco de capricho 43 "El sueño de la razón produce monstruos". Incluso en "El día de difuntos" y en "La Nochebuena de 1836" Larra deambula, como lo había hecho antes Torres Villarroel, por las calles de Madrid, encontrando parecidos problemas sociales. Hasta

sus acompañantes de ultrabumba, que venían a ser sus otros yos se les aparecieron de manera muy semejante a ambos satíricos. A Torres se le presentó el espíritu de Quevedo diciéndole: “[. . .] abre los ojos, y mira que soy Don Francisco de Quevedo y Villegas”³, a Larra fue Asmodeo en “El mundo todo es máscaras” para invitarlo a observar a través de los tejados lo que sucedía en la intimidad de las viviendas madrileñas: “**Abre los ojos, Bachiller; si te inspiro confianza, sígueme**” (I, 144). Existen, además, en las obras mencionadas de ambos escritores varios paralelismos de temática y de objetivo.

Todo satírico adopta una norma social, pues la sátira tiene sus principios en normas, sin fijarse en el problema de la moralidad. Su propósito son las prácticas, los usos sociales, no la ética. De ahí que Torres Villarroel se dirige al lector en la **Barca de Aqueronte**, advirtiéndole que sus ensueños son la triste realidad social española de las tres primeras décadas de su siglo: “Estos, amigo mío, es verdad que son sueños: pero no es sueño, que son verdades: [. . .]” (175). Su intención primordial era cambiar el orden social español, como ya ha notado I.L. McClelland: “His criticism is basically of human behavior, not of polical institutions”⁴ La misma que sería después la de Larra, él también criticó el retrógrado sistema político español. Además llevó su determinación satírica a un nivel mucho más elevado, al que nunca pudo llegar Torres. Mostró una ideología propia de un revolucionario, cuyo desconformismo sobrepasa el plano de la censura. De ahí su insistencia en que su propósito era el de difamar a España, sino el de retratar sus males para que se mejorase, como se ve en “De la sátira y de los satíricos” de marzo de 1836: “Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas a la perfección posible de la sociedad a que tenemos la honra de pertenecer” (II, 164). Lo mismo ha expresado después en “Figaro al director de **El Español**” y en otros escritos anteriores. Es verdad que Torres en muchos aspectos pertenecía aún al mundo del siglo anterior al suyo, según ya ha notado acertadamente Russel Sebold.⁵ Se debe agregar, sin embargo, que también se ha adelantado a muchos de sus contemporáneos en sus afanes renovadores de la situación social, apuntado ya, como su coetáneo más ilustrado que él Benito Jerónimo Feijoo, de manera sorprendente hacia el periodo romántico de la vena de Larra. La protesta de los **Sueños morales** de Torres le resultaba muy actual a Fígaro. La condena por aquél del enorme atraso de los españoles con respecto a los demás pueblos de Europa sería central luego para el periodista. El objetivo de Torres era la censura de vicios y defectos, no la de personas reales y concretas. Retrataba tipos que representaban diversos males sociales, por eso recalca en el prólogo de la **Barca de Aqueronte** que al describir las delincuencias monstruosas que

habían aterrado su fantasía no retrataba a ningún viviente:

Es muy posible que haya en el mundo quien viva e limite las relajaciones de los delincuentes que horrorizaron mi fantasía en el infierno imaginado donde fui conocido; pero cuando trasladé a las planas las imágenes no tuve presente original alguno de los vivos. Yo las copio aquí en aquel traje que las propuso em sueño; y si las figuras de estos condenados salieren semejantes a algunos de los que hoy gozan el beneficio de la vida, nadie crea que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecem unos a otros. (127 - 128)

Recurría con frecuencia a la técnica del retrato de personas, porque su talento para caricaturizar personas parece superior al de caricaturizar situaciones, acciones y motivaciones. Su sombra se divisa en la actitud y obra periodística de Larra, quien en "Dos palabras" tiene un pasaje de extraordinaria semblanza al citado de Torres: "A nadie se ofenderá, a lo menos a sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas criaturas por casualidad se pareciesen a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original a que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parérsele" (I, 71).

Uno de los aspectos más tristes de la vida española de principios del siglo XVII fue de la enseñanza. El desarrollo científico sólo alcanzó su punto más alto durante el reinado de Carlos III, hubo tenues destellos, sin embargo, desde la segunda mitad del siglo XVII y primera del XVIII, como el caso de Gaspar Casal con su *Historia natural y médica del principado de Asturias*.⁶ Los conocimientos científicos de Torres, a pesar de su cargo de catedrático de Salamanca, rayaban en lo supersticioso y arcaico. En la primera mitad del siglo, a excepción del padre Feijoo, sólo las sátiras de sus *Sueños morales* y su *Vida* pueden considerarse en rigor obras literarias. Los gobernantes determinaron que la cultura debía ser difundida por el poder público. Para ello, propusieron reformar con urgencia la enseñanza en todos los niveles y librarla de todos los obstáculos que la mantenían estéril. Uno de los pasos fue decretar la expulsión de los jesuitas, que tenían los mejores colegios, pero esto no tuvo lugar hasta octubre de 1767. A pesar de la cooperación de las universidades en pro de la reforma, ésta fracasó totalmente. En la época de Larra la situación de la enseñanza era semejante, si no peor. Lo más desconsolador era que muchos de sus compatriotas consideraban que España se hallaba al nivel, por lo menos, de las naciones civilizadas. Por eso les reprocha su equivocación en "Conclusión" de marzo de 1833:

[. . .] aquellos paisanos que, haciéndose peligrosa ilusión, tratan de persuadirse a si mismos que marchamos al frente o al nivel, a lo menos, de la civilización del mundo; para los que tal crean no escribimos, porque tanto valiera hablar a sordos; para los españoles, empero, juiciosos, para quienes hemos escrito mal o bien nuestras páginas; para aquellos que, como nosotros, creen que los españoles son capaces de hacer lo que hacen los demás hombres; para los que piensen que el hombre es sólo lo que él hacen la educación y el gobierno; [. . .] (I, 148)

Ambos escritores consideraban la enseñanza la clave para el triunfo social del país, y sufrían al ver el atraso intelectual en que se encontraba España en sus respectivos tiempos. Torres calificaba la educación del pueblo de indispensable para el adelanto y la prosperidad de su sociedad. Sus críticas estaban encaminadas a despertar a la gente de su letargo para que mejorasen su situación precaria, condenado su aversión a la lectura: "Según lo que dices, preguntó Quevedo, no hay ya quien escriba. Ya quisieramos (le respondí) que se leyese lo que está escrito (12). Larra sentía la misma tristeza, y censura em 1832, parafraseando esta frase, con mayor dureza aún la apatía y el disgusto de los batuecos, el pueblo español, por la letra de molde: "¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?" (I, 80). Responde al final del artículo repitiendo la frase sin interrogaciones, lo que equivale a decir que en España no se leía ni se escribía. Más deplorable era aún que en aquella sociedad lo mismo daba ser culto que no serlo, estar formado que no estarlo, de ningún modo se adelantaba nada.

Los españoles del comienzo del siglo XVIII acentuaban su atraso, creyendo que mostraban su tolerancia y actualidad, al copiar lo malo de fuera y rechazar lo bueno. Torres satiriza en los *Sueños* muy directa y severamente esta retrógrada concepción de lo que era innovación y adelanto:

[. . .] especialmente desde el principio de este siglo, que empezaron los españoles a gastar cabelleras, pliegues, corbatas y tacones, y con la colección del traje bebieron la lengua y las costumbres a los malos Franceses; y habiendo venido a Castilla lo mejor de la Francia, escogieron para su imitación las relajaciones, y arrinconaron la discreta política de aquel reino. (109)

Continúa afirmando que entre los franceses hay gente buena y mala,

como en todas las demás nacionalidades. El error de los españoles de su época estuvo en imitar, por lo general, de ellos los vicios en lugar de las virtudes y acciones positivas. La familia real y la nobleza, que eran los modelos del pueblo, hallaban demasiado gusto por el uso de términos y giros tomados del francés, del italiano y aún del latín, lo cual contribuía a la corrupción del español de Quevedo, de Cervantes, de Góngora y de otros grandes escritores del siglo XVII. Estas acciones son las que condenó también Larra de una manera más enérgica todavía y con una noción más clara de las desastrosas repercusiones que tal actitud tendría en el futuro:

Nosotros declaramos positivamente que nuestra intención al pintar los funestos efectos de la poca solidez de la instrucción de los jóvenes del día ha sido persuadir a todos los españoles que debemos tomar del extranjero lo bueno, y no lo malo, lo que está al alcance de nuestras fuerzas y costumbres, y no lo que les es superior todavía. (I, 112)

Insistió con frecuencia en esta misma idea, presentada de una forma u otra, como en "Donde las dan las toman" de 1828, en "Don Cándido Buenafé" de 1833, en "La educación de entonces" de 1834 y en varios escritos más.

Torres Villarroel recurrió en numerosas ocasiones en sus *Sueños* al empleo de retratos grotescos para representar al primitivismo, la carencia absoluta de civilidad y la brutalidad del pueblo español. Ahora bien, esos retratos simbolizan las iniquidades de las almas pusilánimes reflejadas en los defectos físicos de tipos sociales, no de individuos específicos habitantes de la corte. Exponen los males sociales de acuerdo con su percepción de lo que era la realidad y lo que debía ser, como ya ha explicado Paul Ilie: "That is, the distortions which he found in society might indeed have been real, but when depicted by his inflamed imagery, they were marked by the personal disfigurements of mind"⁷. Un buen ejemplo de esta clase de retrato se tiene en el pasaje con que satiriza la ignorancia, el desinterés en lo intelectual, la glotonería del hombre que entró a la librería:

[. . .] un hombre que se llegó a los umbrales de la tienda, tan gordo, que venía siendo ganapán de sí mismo, frisón de piernas, harto de cara, y aún ahito de los demás miembros; el rostro entre mascarón de navío, sumidero de taberna o escutillón de mosto; traía en ella esculpido a Esquivias y San Martín, bostezando bodegas, resollando toneles, con los ojos pasados por vino, un tomate maduro por nariz, un par de nalgas disciplinadas por carrillos,

barba bruñida a chorreones de zumo de marrano: un puercito espín de estopa por peluca, espadín y casacón burdo, que casi le iba aporreando los talones. Entró, pues, en la tienda, y yo le dije a mi buen muerto, ten cuenta, sabio mío, con este mamarracho, oirás lo que viene pidiendo: saludónos, no en español, ni en francés, sino en bruto, y habiendo hecho lo propio con el mercader de los libros, le pidió si tenía un arte de cocina. (12 - 13)

Esta larga, gráfica y detallada pintura anatómica para condenar sus defectos internos es lo corriente en sus **Sueños** que le conectan con "El Bosco" y Quevedo, y apuntan hacia el grotesco esperpéntico de Goya, Larra y demás del siglo diecinueve y veinte. De hecho, Larra ha censurado la excesiva avaricia, deshonestidad y grosería del prestamista de "Empeños y desempeños" en retrato similar, expresando el excesivo desaliño, suciedad e inhumanidad:

Y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podía seguir la huella del tiempo en un cara como la debe tener precisamente el judío errante, si vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y jirones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que más parecían nacidos en aquella cara, que efectos de encuentros desgraciados; mirar bizco, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruin sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas o zapatos, que esto no se conocía, con más lodo que cordobán; manos de cerdo, uñas de escribano, y una pierna, de dos que tenía, que por ser coja, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servía a éste de carga, y era de él sustentada. [. . .] (I, 88)

Este retrato es tan largo y detallado, como el anterior de Torres, le gana, sin embargo, en colorido, expresividad, deshumanización y encierra un tono irónico que resulta menos explícito, por lo menos, en el siglo XVIII.

A pesar de que Torres escaseó de talento para pintar situaciones grotescas con el propósito de criticar el comportamiento humano reprochable, en algunos casos lo ha hecho con mucho efecto y expresividad. Tal se puede considerar la descripción de los acontecimientos de la cena de la visión trece del primer sueño. En ella condena la grosería, la irracionalidad,

la falta de cortesía y la ridiculez de varios tipos de la sociedad madrileña:

Estaban tan pelados de razón, y tan legañosos de alma, que otro Don Vendimia de los comensales, por llevar a la boca una sopa de almivar se tapó un ojo. No por esto cesaban las copas del licor blanco, tinto y de otros colores; de suerte que cada uno de los perillanes tenía una borrachera amillete. [. . .] Acabóse la cena, y uno de los señores tarazantes, con el vendaval de un regueldo apagó una de las luces; otro disparó mucha artelleria de estornudos occidentales; éste se levantó echando un borrón en cada paso, queriendo formar una cabriola, yéndoselle los pies a Esquivias a buscar la cabeza, se descostilla. Aquel prosigue en bailar, y tropezando en el atún de torrente, le prensan la cara con la barriga: uno canta un responso pasado por rosolf: otro hace relinchar un rabel: y finalmente toda la sala era una zahurda de mamarrachos, un pastelón de cerdos, y un archipiélago de vómitos. (43)

La ebriedad es un elemento frecuente en estos escritos de Torres, pero tanto como tema de crítica social suele ser símbolo de incultura y de irracionalidad y degradación de la humanidad a la condición de animal, que es otro recurso satírico de este autor y también de Larra. Este llega a reducir a los carlistas y a los empleados ministeriales incluso a niveles más bajos aún, como al vegetal y al de mineral. Una condena semejante de la incultura, de la ordinariez, de la crasitud, del atoramiento y ridiculez de la sociedad madrileña se tiene en la relación del banquete de cumpleaños de Braulio, el castellano viejo de Larra:

A todo esto, el niño que a mi izquierda tenía, hacía saltar las aceitunas en un plato de magras con tomate, y una vino a parar a uno de mis ojos, que no volvió a ver claro en todo el día; el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y de las aves que había roído; el convidado de enfrente se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia a un capón, o sea gallo, [. . .] En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el

mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fue general y la alarma llegó a su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó a inundar mi limpiezísima camisa: levántase rápidamente a este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene a la derecha, con la que tropieza su brazo, [. . .] derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, [. . .] Una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como rócío sobre los prados, a dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; [. . .] (I, 118)

La pintura detallada de pinceladas precisas y colorista de este grosero cuadro social continúa. La criada atolondrada tropezó con el criado que traía platos limpios, botellas de vinos y todo rodó por el suelo. El señor gritaba desesperado, etc. etc. Sería difícil encontrarse con una sociedad más ridícula y atrasada.

Ese postergado pueblo se vela atropellado y pisoteado por los poderosos, que utilizaban contra él hombres sin escrúpulos, apocados y dispuestos a traicionar a cualquiera con tal de medrar ellos socio-económicamente. Uno de estos tipos repulsivos, entre los muchos satirizados por Torres, es el soplón, al cual ha dotado de características no humanas con el fin de exteriorizar sus faltas, representando cada una por un bicho de apariencia asquerosa, símbolo del defecto que deseaba censurar:

[. . .] venía detrás de nosotros un hombrecillo, entre persona y títere; mona con golilla; ratón con capa; y renacuajo con vigotes; figura en que se dejaba ver la humanidad como en un mapa; escarabajo de nuestra especie; animal de retoño, como melón; hombre de falda como perro; personilla de faltriquera, como pistola; tan tímido de estatura, que cualquiera le metería en un puño; y en fin, tan corto, tan breve y tan diminuto, como pie de dama en pluma de poeta; nunca jamás se vio hombre tan poco, [. . .] (82)

Sus denuncias de las personas honestas y de tendencias innovadoras le ganaban favores y empleos lucrativos de los gobernantes. Ante la sociedad estaba reducido la orden de alimaña. Su diminuta estatura simboliza

su carencia de integridad de dignidad humana y su servilismo. Incluso las formas de diminutivo están utilizadas para acentuar la nota despectiva. Esa práctica de recurso grotesco es un preámbulo del romanticismo, dramatizando mediante las imágenes animalísticas la pérdida del raciocinio. Este retrato trae al recuerdo del de Larra, condenando en 1834 los empleados ministeriales de Martínez de la Rosa. El hecho de que era un ser privilegiado de la gobernación ya lo hacia descender a los dominios de la zoología con semejanza de hombre:

Aquí es donde empieza el ministerial a participar de todos los reinos de la naturaleza. Es mona por una parte de suyo imitadora; vive de remedo. Mira al amo de hito en hito: ¿Hace éste un gesto? Miradle reproducido como un espejo en la fisionomía del ministerial. [. . .]

Es papagayo por otra parte; palabra soltada por el que le enseña, palabra repetida. [. . .]

Es cangrejo porque se vuelve atrás de sus mismas opiniones francamente; abeja en el chupar, reptil en el serpentear, mimbre en lo flexible, aire en el colarse, agua en seguir la corriente, espino en el agarrarse a todo, [. . .] (I, 438 - 439)

En el ministerial se ven condenadas las mismas ignominias que en el retrato del delator de Torres, pero las imágenes son más selectas y logradas y también rebaja más la condición de servilismo. La visión pesimística del futuro, propia del romanticismo es patente en los cuadros grotescos larrianos, mientras que en los de Torres se condena el presente, dejando sólo entrever la posibilidad de un mañana tan absurdo y miserable como el hoy. El lector puede, y debe, deducir que el mal engendra el mal. Las descripciones de Larra también ofrecen connotaciones de una plástica más brillante, quizás, que las de Torres.

La vida femenina era otra de las cuestiones de la incumbencia de estos dos satíricos sociales, que ninguno descuidó. En la tradición española, la mujer solía encarnar la ternura maternal, el espíritu de sacrificio y otras dotes por el estilo. José Deleito Piñuela ha mostrado que a la mujer española del siglo XVII se la idolatraba, mientras se la enamoraba, o se trataba como esclava doméstica, al pasar a ser esposa.⁸ Al principio del siglo XVIII su situación había mejorado poco, si bien se fue haciendo algo más aceptable con el tiempo. Esa excesiva opresión femenina ha favorecido la aparición en la sociedad española, ya desde la época medieval, de tipos femeninos marginados. Piénsese en doña Endrina y sus sucesoras. Torres atacó, sobre todo en la **Barca de Aqueronte**, en forma de retratos grotescos que

recuerdan las sátiras de "El Bosco" aberraciones sociales cometidas por algunos tipos de mujeres. Esos desmanes se le figuraban impropios de una sociedad moderna bien constituida. Por eso, sus derogatorias sátiras femeninas más que el producto de su misoginia, se deben considerar reproches a graves defectos sociales y morales en beneficio del bien común. Una de esas faltas condenadas es la hipocresía, la cual se daba en la mujer en diversas formas. Una de las manifestaciones más repulsivas es la del engaño, aparentando ser joven para disfrutar de los placeres de la vida siendo vieja caduca. Así sucede en el caso que destaca entre las condenadas:

[. . .] embróse la cabeza, y se carenó el casco con pelotones de estopa, y mechas de lana, hilvanadas al cuero con trementina, y enmascaradas con humo de pez, y polvos de corcho quemado, para esconder los amagos de nalga y calavera, entre los parches de cataplasmas. Compró una carrera de dientes, y con ellos se remendó la boca y enladrillo las encías: para escaparse de los mostachos, se entregaba a que la desollase una barbera de gorronas. Llegó en fin a ser osario con cotilla, tontillo, y estinquerque, no perdonando ninguno de aquellos trastos varatijas, embustes, lazos, y colores que vienen auxiliares a la belleza de las jóvenes; con éstas era su conversación, y celebraba sus asambleas, jugando como si fuera una de aquellas: y con los mismos dengues y pretensiones danzaba también los bailes de última moda, afectando quiebros, la que se estaba desmoronando por todas partes, y cantaba sus arias, y recitados entre gallina ciueca y alma del purgatorio. (166)

Estas y otras muchas eran las acusaciones del diablo ante el tribunal infernal. Similar, aunque más breve, es lo que ha mostrado Asmodeo, también demonio, a Larra a través de los tejados de Madrid en aquel vuelo de "El mundo todo es máscaras" de marzo de 1833:

- Una mujer de cincuenta años.
- Observála; se tiñe lo blancos cabellos.
- ¿qué es aquello?
- Una caja de dientes; a la izquierda una pastilla de color; a la derecha un **polisón**.
- ¡ Cómo se ciñe el corsé! Va a exhalar el último aliento.
- Repara su gesticulación de coqueta.
- ¡ Ente/execrable! ¡ Horrible desnudez!
- Más que una ha deslumbrado tus ojos en algún sarao, que

debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras. (I, 145)

En su opinión los excesos no liberan, sino que exclavizan, aunque de distinto modo. La hipocresía llevada a otros tipos femeninos a diferentes desmanes, como la infidelidad, de lo que ambos se hallan sobrados casos, y demás aberraciones. Igualmente condenaron con frecuencia las injusticias, la ignorancia, la holgazanería, la abullia y toda clase de abusos de abogados, médicos, malos poetas, petimestres y señoritos madrileños. Torres castigó las extralimitaciones de los poderosos, aunque él recibía favores de la nobleza, pues vivían del sudor y la miseria del pueblo campesino. Se puede decir que acusaba a Madrid de devorar a toda la nación.

Toda esta abundancia es hija de la universal carencia del resto de España. A cualquiera pueblo que vieras conocieras al punto su miseria; en ellos sudan y trabajan para mantener a los ociosos cortesano, y a los que llaman políticos. Al rabo de una reja anda cosido todo el día el desventurado labrador; y el premio de sus congojas es cenar unas amigas de sebo por la noche, y vestir un sayal monstruoso, que más lo martiriza que lo cubre; y el día de mayor holgura come un tarazón de chivo escaldado en agua. Los caudales de las villas, aldeal y ciudades, todos vienen en recuas a la Corte; aquí todo se consume, [. . .] (62)

La misma acusación se ve en Larra en su Nochebuena de 1836. La abundancia de toda clase de comestibles en la plaza le hace pensar en la tragedia de Bilbao cercado y sus habitantes hambrientos, heridos y muertos. Por eso concluye en forma mucho más dramática y desesperada que Torres: “Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás” (II, 314).

Afrontar la lectura de los Sueños de Torres Villarroel significaba un reencuentro con problemas de un pasado, que, en muchos aspectos, a Larra le resultaban sorprendentemente actuales. Así también los escritos de éste presentan unas situaciones sociales que hoy resultan tan reales y vivas como entonces. Las protestas de ambos eran indudablemente el resultado de su grande dolor. De hecho a Larra esa aflicción lo llevó al suicidio a los veintiocho años no cumplidos, pues se sabía impotente para mejorar tan penosa situación.

NOTAS

1. Diego de Torres Villarroel, Sueños morales, visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por Madrid (Madrid: imprenta de Don Joseph Doblado, (1796), p. X. En adelante se cita por esta edición, incluyendo la página en el texto entre paréntesis.
2. Russel O. Sebold, "Torres Villarroel, Quevedo y El Bosco". *Insula*, 159 (1960), p.3.
3. Mariano José de Larra (Fígaro), *Obras*, edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano (Madrid: Ediciones Atlas, 1960) I, p. 144. En adelante se cita por esta edición, incluyendo el volumen y página en el texto entre paréntesis.
4. I. L. McClelland, *Diego de Torres Villarroel* Boston: TWAS, 1976), p. 116.
5. Véase su estudio a la edición de *Vida de Diego de Torres Villarroel* (Madrid: Taurus, 1984), p. 51.
6. Véase más información sobre este tema en Gonzalo Anes, *El Antiguo Régimen: los Barbones*, 5^a edición (Madrid: Alianza Editorial, 1981), pp. 447-452.
7. Paul Ilie, "Grotesque portraits in Torres Villarroel". *Bulletin of Hispanic Studies*, 45 (1968), p. 18.
8. Véase su tratado *La mujer, la casa y la moda* (Madrid: Espasa - Calpe, 1946), p.48.

DEPARTMENT OF LANGUAGES
UNIVERSITY OF UTAH
SALT LAKE CITY, UTAH 84112
USA